

REVISTA

DEL

CENTRO DE LECTURA

(SEGUNDA ÉPOCA)

QUINCENARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN REUS trimestre Ptas. 1'—
Fuera de Reus, España ... " 1'50
Números sueltos 15 céntimos.

ADVERTENCIA

Para cuanto se refiera á este periódico, dirigirse á la Redacción del mismo en la Sociedad CENTRO DE LECTURA, calle Mayor, núm. 15.

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

EN REUS: Sociedad CENTRO DE LECTURA, y en la imprenta de Celestino Ferrando, plaza Constitución.
EN BARCELONA: Librería de Antonio Castells, Portaferriusa, 16.

SUMARIO

"Del quince al uno," por O. Rovellat y Prat.—"Campoamor," (estudio critico de sus obras poéticas) (*continúa*) por R. Wyneken y Segimón.—"Dintre'l bosch," (poesía) por Xavier Gambús.—"En la mort de V. A.," por Jorge Tudó.—Crónica Científica: "La música en terapéutica," por el Dr. Codina y Castellví; "Aspeamiento," por Francisco Llauradó.—"¡Por fin!," (poesía) por J. Ferré y Gendre.—Crónica Artística: "L' Art en la via pública," por José Anguera y Corbella.—"Decadencia de la raza latina," por Joaquín Batet.—"Miscelánea,".

DEL QUINCE AL UNO

Penosa es hoy mi tarea. He de ocuparme, en esas crónicas, de aquello que tiene carácter de actualidad, con preferencia á lo demás, y la actualidad, es triste en la finida quincena. Otros dos nombres queridos, el de Pellicer, artista insigne, y el de Alas, literato eminente más conocido por *Clarín* que por su propio nombre, hay que añadir á la ya larga lista de los hombres ilustres que han desaparecido del mundo de los vivos en los albores del siglo veinte.

¡Triste sino el de la desgraciada nación española! Cuando más necesita de hombres de valer, cuando más falta le hacen toda suerte de energías y de felices iniciativas, cuando le es indispensable de todo punto una era de bonanza, para evitar su casi inevitable hundimiento, parece que todo se vuelve en contra suya. Resurge de entre frías cenizas la cuestión religiosa, ya resuelta por completo en la mayoría de las naciones; la armonía entre el capital y el trabajo, más que armonía, es una extraña mescolanza de sonidos estridentes y desacordes que desgarran el tímpano; cualquiera innovación en nuestro modo de gobernar, es tomada á broma, cuando no es perseguida como peligrosa; bastan cuatro palabras de un inglés, para que de nuevo los rotativos saquen á la luz del Sol to-

da nuestra averiada leyenda y para que, otra vez, sin curarnos de dolorosas enseñanzas no há mucho recibidas, inflamados nuestros pechos en ardiente entusiasmo patrio, volvamos á requerir nuestras quijotes-cas armas para lanzarnos á nuevas aventuras;... y, para colmo de nuestras desdichas, los pocos hombres de mérito que tenemos, van desapareciendo uno á uno rápidamente. Campoamor, el más pensador de los poetas castellanos; Balaguer, valeroso soldado del renacimiento catalán; Soler y Rovirosa, el más grande de nuestros pintores escenógrafos; Moliné, el chispeante caricaturista; Pellicer y *Clarín*, todos han muerto en cortísimo intervalo de tiempo.

Pellicer era un revolucionario, y me atrevo á decir que no podía ser otra cosa. Aquel cuerpo alto, delgado, de musculatura atlética, y aquella cara *ferrenya*, de pocos amigos, no podían ser, no, el cuerpo y la cara de un personaje conservador muy enamorado del *dolce far niente* y partidario acérrimo de que las cosas continuen como él las ha encontrado; aquel cuerpo y aquella cara, eran propios de un hombre de carácter enérgico, batallador, de un hombre revolucionario.

De su *revolucionarismo*, dió pruebas evidentes, lo mismo en política que en la esfera del Arte. Si en aquella llevó su radicalismo hasta tomar parte activísima en las revueltas populares de mediados del siglo pasado, en Arte, procuró adelantándose con ello á los que hoy se llaman *simbolistas*, que sus obras fuesen verdaderos símbolos; pero símbolos de sus radicales ideas políticas. Así vemos que, entre sus más renombrados cuadros, figuran el titulado *Zitto silencio che passa la ronda* que es una sátira contra el poder papal, y el que lleva por título *Nostre pá de cada dia*, en el que se alude á la llamada cuestión social.

Hacia ya muchos años que Pellicer no pintaba. Dibujaba solamente, y durante muchos años, llenó de preciosos dibujos las páginas de las ilustraciones españolas y algunas extranjeras, ilustró obras de nuestros más renombrados escritores, entre las cuales merece citarse los «Episodios Nacionales» de Galdós, é hizo gala de su ingenio en innumerables caricaturas publicadas en los periódicos satíricos de más fama.

Sus dibujos constituyen una grandísima parte del bagaje artístico del ilustre Pellicer, y creo que en ellos es donde debe estudiarse su personalidad, pues ellos retratan de modo exacto la manera de ser y de sentir del malogrado artista. Aquellos trazos enérgicos, duros, que parecen traducir el esfuerzo, la energía, con que el dibujante ha procurado que las figuras expresen lo que él quiere, son muestra fiel del carácter enérgico y batallador del eximio artista catalán, que en Cataluña compartía con Apeles Mestres la más grande popularidad en el arte de la caricatura política.

Y de *Clarín* ¿qué podré deciros que no sepais mejor que yo? ¿Quién hay que no le conozca, si fué el crítico más popular de nuestros tiempos! ¿Quién, entre la juventud especialmente, no ha esperado con ansia y leído con deleite, aquellos terribles *Paliques* que tanto renombre le dieron?

Aquel adagio que dice, *la letra con sangre entra*, y que *Clarín* enamorado de los modernos métodos pedagógicos, no debía nunca aplicar en su meritisima labor de catedrático, era en cambio lo que marcaba su línea de conducta como crítico. *Clarín* pegaba y pegaba muy fuerte, y sus críticas ó hundían ó elevaban hasta las nubes. En los que empezaban, sobre todo, era quizá excesivamente riguroso, pues cuando no podía atacar la idea fundamental ó el armazón de sus obras, se metía en minucias gramaticales.

Tenía *Clarín* gran aptitud para la sátira, y quizá fué esa aptitud, lo que le llevó al ejercicio de esa crítica de no muy elevado vuelo en que era maestro. Y es lástima que emplease la mayor parte de sus energías en esa crítica, pues *Clarín*, con su claro talento y su constancia en el trabajo, podía alcanzar muchos laureles en el campo de la novela y el teatro, campo siempre más apacible y menos á propósito para enemistarse con nadie, que el de la crítica. Sus novelas *La Regenta* y *Pipá*, su drama *Teresa* tan discutido y por algunos tan injustamente atacado sin piedad, y sus cuentos, entre los que descuella el titulado *¡Adios, cordera!*, son una prueba de lo que digo.

No era *Clarín* un revolucionario como Pellicer. Allá, en su juventud, es cierto que también hizo sus pinitos radicales; pero hoy, los había abandonado por completo. Su empeño era buscar el *justo medio* de las cosas, y así sucedió que no contentó á nadie, pues si

unos le tenían por un peligroso demagogo, los otros o consideraban hombre de ideas un tanto atrasadas.

O. Rovellat y Prat.

CAMPOAMOR

(Estudio de sus obras poéticas)

[CONTINUACIÓN]

Y dicho ya el concepto que me merece su poesía, veamos ahora algo del procedimiento ó método que siguió siempre Campoamor al componer sus obras. En un pensamiento condensaré su moral, brevemente trataré de su estilo, y sólo cuatro palabras os diré del asunto de sus poesías.

Campoamor en sus obras, como Goethe, procede de lo concreto á lo abstracto, es decir, sentando firmemente el pié en la realidad, transforma el caso concreto en materia poética y universal, y es que, como artista, jamás buscó la inspiración en puros conceptos intelectuales. Campoamor tenía del arte el mismo concepto que Schiller. Campoamor hubiera escrito en el prólogo del *Wallenstein*: «La vida es seria; el arte es sereno».

¿Cuál fué el ideal de todas sus composiciones? Su ideal fué siempre, lo que el poeta alemán llama «nuestro segundo Creador», lo Bello. Ideal que era, como diría Tobias, *el ángel que tenía en medio de su noche* y con el cual era forzoso que Campoamor fuese, como es, poeta universal; porque según Kant *lo bello es lo que agrada universalmente y sin concepto*.

Basta decir, por lo que al procedimiento se refiere, que nuestro poeta se pone entero en sus obras, que son reflejo de la pasión iracunda ó del afecto sereno que por el momento le embargan; pero que siempre aminora sus decepciones con la ironía feliz que brota de sus labios, y siempre remata sus placeres con alto y reflexivo espiritualismo, ya que, su virtud de estoico, solo le permite ver la nada en esos chispazos de vida á que damos el nombre de placeres. Podemos decir de Campoamor, lo que el sabio por autonomasia, nuestro insigne Menéndez y Pelayo, dice de Schiller, pero invirtiendo las oraciones: «No le rige la pasión; á la pasión la rige y la domina él.»

Mucho se ha discutido sobre la moral de Campoamor. Yo no pretendo entrar en la materia de discusión, porque creo que no hay otra moral posible que la que contiene este principio de Hegel: «Toda existencia finita está condenada á destruirse ella misma por sus contradicciones».

Si objeto de discusión ha sido su moral, materia de largas disquisiciones ha sido su estilo, y ha sucedido así, porque el estilo de Campoamor no tiene precedentes determinados en las escuelas conocidas; es un estilo cosmopolita, ó mejor dicho, es suyo, exclusivamente suyo. Como dice el Sr. Ezequiel Ordóñez, tan